

pueden tener de mí? y sobre todo ¿qué queja pueden tener de la virtuosa Flaccila? ¿por qué ultrajan la memoria de esta querida y respetable compañera? Entonces el obispo, dando un profundo suspiro: «Señor, le dijo sollozando (segun cuenta San Juan Crisóstomo (1), de quien tenemos la elocuente redaccion de una pieza harto interesante para que temamos presentar aquí algunos pasages bastante estensos); señor, estamos penetrados de confusion á vista de tantos monumentos de benevolencia con que habeis colmado nuestra patria, y nuestro mayor dolor es el conocimiento de nuestra indignidad. Destruid, quemad, haced correr rios de sangre, y todavía no nos castigareis como merecemos. Peor es el mal que nosotros hemos hecho que todo el que se nos puede hacer: porque, ¿qué cosa mas amarga que ser mirados en todo el mundo como mónstruos de ingratitud? Menor desgracia seria si los bárbaros se hubieran apoderado de Antioquía, y despues de haber cargado de cadenas á sus moradores, hubieran reducido á cenizas nuestros edificios. Con un soberano tan bueno y tan grande como vos podrian repararse estas desgracias; ¡oh! ¡y con qué ventaja las hubiera reparado vuestra incomparable magnanimidad! Mas al presente que nos hemos privado de la proteccion que nos valia mas que nuestros baluartes y que toda nuestra milicia, ¿á quién acudiremos? ¿á quién reclamaremos despues de haber ultrajado al mejor de los padres? De este modo nuestros infelices ciudadanos, si han cometido el mayor de los delitos, experimentan tambien el mas cruel de los castigos. Atormentados en lo interior por los remordimientos de su conciencia, llevan su opróbrio sobre su frente y en todos sus pasos. No osan mirar á nadie, y hasta temen

(1) Chrysost, Homil. 20 ad Pop. Ant.

levantar sus ojos al cielo: quisieran sepultarse vivos y ocultarse á todo el universo. «Se me dirá que la diadema nunca sufrió tal ultraje. Pero de vos, oh el mas elemente y sábio de los príncipes, de vos pende que este atentado os proporcione una corona mucho mas gloriosa que todas las diademas. La que llevais es debida en parte á la liberalidad de un bienhechor; mas la que os formarán la humanidad, la dulzura y el perdon de las injurias, solo la debereis á la bondad de vuestro corazon y á vuestras virtudes. Por una estatua que haya sido derribada alzareis otras innumerables é inmortales en el corazon, no solo de vuestros súbditos, sino de todas las eriaturas inteligentes y sensibles. El rasgo admirable de la clemencia del gran Constantino, ¿no es recordado todavía y se habla de él con mayor aplauso que de las batallas que ganó y de los trofeos y monumentos que dejó en tan crecido número? Querian que esterminase á unos sediciosos que habian apedreado sus estatuas, y como para irritarle le decian que habian desfigurado su rostro, él pasándose la mano por la cara respondió con tranquilidad: *No veo que me hayan hecho correr una sola gota de sangre.* Este dicho admirable inspira aún los mismos sentimientos que el primer día que le profirió. Pero ¿qué necesidad tenemos de citar ejemplos estraños? basta que os parezcáis á vos mismo. Acordaos de las cartas de gracia que enviásteis en otro tiempo para poner en libertad á los prisioneros en la víspera de las fiestas que se acercan. No correspondiendo el beneficio sino imperfectamente á vuestra sensibilidad generosa, añadisteis en este memorable rescripto: *¡Ojalá que pudiera yo tambien resucitar á los muertos!* Pues, señor, ved aquí el momento de obrar este milagro y de sacar de los horrores de la tumba, sin peligro y sin esfuerzo, no á un muerto ni á dos, sino á un pueblo innumerable. Una sola palabra,

un rasgo de pluma dictado por la caridad cristiana, tornará la vida á millares de muertos ó moribundos. La célebre Antioquía os deberá infinitamente mas que á su fundador, y mas que si la hubiérais librado del yugo de los bárbaros. Este postrer honor os seria comun con el mayor número de príncipes, á lo menos con todos los que se llaman héroes; pero el volver la vida y la fortuna, despues de la mas atroz de las injurias, y esto cuando se puede todo, ved aquí lo que honra no solo al emperador sino al imperio, al mundo y al cristianismo.»

Atento el orador á observar el rostro del príncipe, creyó notar al proponerle este motivo religioso, que lejos de molestarle redoblabá su atencion, y cada vez le parecia mas enternecido. Por esto se esterdió sobre la edificacion que daria la clemencia de un monarca cristiano á los gentiles, á los judíos, y á las gentes de toda religion, que informadas de la injuria tenian los ojos fijos en el que la habia recibido, esperando ver lo que disponia. «Si perdonais, prosigue, dirán todos llenos de admiracion: ¡Qué grande es el Dios de los cristianos, pues á sus adoradores los eleva tanto sobre la humanidad! ¡Qué santa y qué digna del Ser Supremo es una Religion que contiene de este modo á un hombre mas poderoso por sí solo que todos los demas juntos! Guardaos, señor, de oír la indigna política que os represente la impunidad como el aguijon de la osadía y la ruina del poder: este recelo seria bien fundado, si vuestra indulgencia fuese efecto de vuestra debilidad; mas el temor y los remordimientos han hecho ya una justicia muy ejemplar de los culpables, y la severidad mas rigorosa agravaria poco la suerte que sufren. Si de una vez los hubiérais cortado del número de los vivientes, serian mucho menos dignos de compasion que en medio de los dolores y mortal incertidumbre en que es-

tán despues de tantos días. Al ponerse el sol no esperan volver á ver la aurora, y al ver esta se prometen aún menos ver tranquilos el fin del día. Huyendo muchos á los desiertos, han venido á ser victimas de las bestias feroces, contándose entre ellos no solo los que tuvieron parte en el atentado sino tambien niños inocentes y tiernos, mugeres medrosas y del primer orden. Los miserables que sobreviven en medio de los mismos riesgos, pasan los días y las noches en los reductos mas ocultos, en las grutas oscuras y en la concavidad de las rocas. Una voz lejana, un eco, el silvido de los vientos, el movimiento de una hoja los hace desmayar y caer de miedo y espanto. Si hubiera caído en manos de los enemigos del nombre romano no se hallaria la ciudad en un estado tan deplorable. Mirarla con consternacion todas las demas ciudades, de suerte que la proscripcion mas sangrienta seria menos eficaz para contenerlas en una respetuosa dependencia.»

Enterneciase mas y mas el sensible corazon de Teodosio á cada una de estas tiernas imágenes. Flaviano continuó: «Sí, señor, mi confianza iguala vuestra bondad; y me atrevo á pedir á vuestro corazon paternal que conceda un remedio pronto al dolor excesivo de vuestros hijos. Es fácil castigar; es fácil hacerse temer el hombre cuando está revestido del soberano poder; pero cautivar el amor de todos, aficionar los ciudadanos á vuestro imperio, como cada uno ama su familia; ved aquí lo que nunca obrarán ni los tesoros, ni los mayores afanes, ni los ejércitos innumerables, y lo que en este momento depende de vuestra sola voluntad. ¡Qué triunfo para nosotros y para el Dios á quien servimos, cuando se diga por todas partes: *Una gran ciudad habia provocado la indignacion de su soberano: merecia el mayor castigo: todos sus ciudadanos estaban sumidos en el dolor y en la*

*desesperacion: ningun oficial ni magistrado osaba desplegar los labios en su defensa; pero un viejo débil, revestido del ministerio pacifico de los altares, conmovió al príncipe á primera vista. No hace en verdad nuestra ciudad poco honor á vuestra fé, encargándome de esta comision; pues cree que preferís el carácter sagrado de los sacerdotes del Señor á los grandes del siglo. Vengo pues, no tanto en nombre de un pueblo infeliz, cuanto en el del Arbitro supremo de los soberanos y de los súbditos, y os anuncio de su parte que, si perdonais la falta cometida contra vos, el terrible Juez de vivos y muertos os perdonará todas las vuestras. Yo bien sé que vuestra religiosidad tiene siempre ante los ojos aquel tribunal formidable donde todos debemos dar una cuenta exacta de nuestras obras: pues, señor, todo lo que entonces tendríais que expiar, lo podeis borrar en este momento con una palabra de indulgencia. Los intercesores ordinarios preparan por medio de sus presentes el resultado de su mediacion: pero yo no os ofrezco otro presente que la ley de nuestro Divino Maestro, y os suplico que no os propongais otro modelo que el de aquel que, ultrajado de continuo por tantos ingratos, no cesa de hacerles bien. Este es el fundamento de mis esperanzas, y si estas se me frustran, sabed, príncipe, que al momento renuncio de mi funesta patria. No: nunca Flaviano tornará á ver una ciudad que el mas humano de todos los soberanos haya juzgado indigna de su gracia.»*

Este discurso produjo todo el resultado que era de esperar. Teodosio no pudo contener las lágrimas, y sin oponer dificultad alguna ni hacer mérito de la gracia que concedia, dijo: *«Sacerdote del Señor, deponed vuestros temores: no, no hablais á una alma implacable; ¿y qué hay que admirar de que perdonemos á nuestros semejantes, cuando el verdadero Soberano del mundo, menospreciado,*

*crucificado por hombres sacados de la nada y colmados de sus beneficios, oró por ellos?»*

Aun hizo mas este buen príncipe, pues compadecido de la situacion cruel en que estaba Antioquia, instó al patriarca á que partiese sin dilacion para sacarla de tanto dolor, y aun envió algunos cortesanos, des-pues que Flaviano habia pasado el estrecho, para saber si se daba prisa ó se detenía en el camino con motivo de la Pascua que se acercaba, y si pensaba celebrarla en otra parte que en su desgraciada ciudad.

Con este uso del poder obtenia del cielo el grande emperador su conservacion y acrecentamiento, y adquiria la proteccion divina contra los esfuerzos ambiciosos de Máximo. Para asegurarse mejor del éxito, hizo consultar á San Juan de Egipto, famoso anacoreta que vivia lejos de allí en la alta Tebaida. Aumentábase tanto mas la gloria de este gran siervo de Dios cuanto mas cuidaba de ocultarse. Habitaba solo en la cima escarpada de un monte, en una roca, en donde habia hecho una especie de celdilla, ó mas bien sepultura, y donde á nadie le era dado llegar sino trepando con grande dificultad. No permitia la entrada á persona alguna, y recibia por una ventanilla las cosas necesarias á la vida. Hasta los milagros que obraba los efectuaba por medio del aceite bendito que enviaba á los enfermos, no permitiendo que se los llevasen por temor de la vanagloria y de las distracciones. En todas las regiones veneraban su nombre, y los soberanos del mundo miraban sus oraciones como el fiador mas seguro del buen ó mal éxito en sus empresas. Teodosio envió á consultarle desde el fondo de la Grecia al Egipto, sujetándose á este humilde solitario sobre la conclusion de la guerra ó de la paz, persuadido por muchas esperiencias anteriores, tanto de su valimiento para con el Señor, como del grado eminente en que poseia el don de profecía.

El hombre de Dios hizo asegurar al emperador que triunfaria del tirano y que se vertería poca sangre en esta guerra (1).

No obstante, hubo dos batallas en la Pannonia, donde Teodosio destruyó las tropas de Máximo, que siendo mucho mas numerosas que las suyas, huyeron á los primeros ataques. Inmediatamente el vencedor atravesó sin obstáculo la cadena de los Alpes, erizada inútilmente de trincheras donde nadie quiso esperarle, y vino á sorprender á su rival en Aquileya que creyó debia abrirle sus puertas. Máximo, abandonado de los suyos, fué despojado de las vestiduras imperiales y llevado descalzo y con las manos atadas ante Teodosio y Valentiniano. Aquel principió á reprenderle sus atentados; pero enternecido del estado de humillacion en que le veia, principiaba á vacilar entre la justicia y la clemencia, cuando los soldados alejaron de su vista al tirano y le cortaron la cabeza el año 388. En la Galia apresó á su hijo Victor el conde Arbogaste y tuvo la propia suerte que su padre. Todavía quedaba Andrágato, principal apoyo de este partido y asesino del emperador Graciano, y aun mandaba entre la Grecia y la Italia una escuadra tan poderosa que no era posible atacarla; mas su conciencia fué su verdugo, y se arrojó desesperado al mar, donde murió ahogado. Asi concluyó esta guerra importante casi sin efusion de sangre, segun la profecía de San Juan de Egipto.

Temiendo Teodosio fuesen sangrientas las consecuencias mandó publicar un indulto general. Habiéndose sublevado los arrianos en Constantinopla por el falso rumor que se habia esparcido de la victoria de Máximo, y habiendo llegado su osadia hasta quemar la casa del patriarca Nectario, los perdonó tambien el emperador á petición de su hijo

Arcadio; pero lo que le colmó de la mas justa gloria fué la generosidad que usó con Valentiniano, volviéndole no solo lo que Máximo le habia quitado, sino tambien el antiguo y floreciente estado de Graciano, las Galias, la Bretaña y la España, es decir, todo el imperio de Occidente.

Despues de esta victoria pasó Teodosio á Milan, donde residió algun tiempo. Entrando un dia de fiesta en la iglesia, presentó su ofrenda al altar; y contra el uso de los occidentales se quedó en el recinto del santuario mientras el ofertorio. San Ambrosio, que en medio de toda la grandeza imperial solo veia en Teodosio un simple fiel, osó preguntarle qué era lo que esperaba. El emperador contestó con modestia que se aguardaba allí para recibir la comunión. El obispo le replicó: «señor, solo á los ministros de los altares es dado ocupar el lugar donde estais. Dejadle al clero; y pues la púrpura distingue á los principes, y no á los sacerdotes, ocupad en pié al frente del pueblo el lugar que pertenece á su gefe.» Mostró el emperador que si habia permanecido allí era porque asi se acostumbraba en Constantinopla, y dió gracias al Santo de que le hubiese instruido. Se le asignó un lugar distinguido fuera del santuario, pero delante de todos los legos: lo cual se estableció desde entonces para los emperadores de Occidente, que miraron como un deber el conformarse con esta sabia disciplina; y aun Teodosio quiso observarla en el Oriente, pues habiendo vuelto á Constantinopla, en la primera solemnidad á que asistió, se apartó por sí mismo del altar así que presentó su ofrenda. Sorprendió esto al obispo Nectario, pero Teodosio dijo suspirando: «¡ay de mí! ¡cuán difícilmente llega la verdad á los principes! Apenas he podido hallar un doctor que me dijese la distancia que hay entre el imperio y el sacerdocio. No conozco mas que á Ambrosio

(1) Cass. Hist. lib. 4, c. 24; Vit. Patr. lib. 11, c. 1.

que posea justamente el título de obispo (1). Olvidóse no obstante de estas máximas en otra ocasión el piadoso emperador. Botérico, que mandaba las tropas de Iliria y que residía en Tesalónica, dió margen á una conmoción por un acto muy leve en la apariencia. Mandó prender á un cochero del circo, que habia querido pervertir á uno de sus domésticos. En una fiesta pública en que, segun costumbre, habia corridas de carros, creyó el pueblo que hacia falta el cochero y pidió á grandes voces se le pusiese en libertad; pero no habiendo podido conseguirlo, se enfureció y se lanzó en una sedición tan violenta que varios oficiales fueron apedreados, y arrastrados por las calles, y el mismo Botérico quedó muerto. A la primera noticia de esta ocurrencia la prontitud natural de Teodosio le hizo llenarse de ira. Hallábase en el colmo de la prosperidad y en aquel grado de eminencia en que los hombres de mejor carácter sostienen muy difícilmente los peligros. No era ya aquel príncipe indulgente y tierno, que se apresuró á poner fin á los temores de una ciudad llena de culpables. Tesalónica fué entregada á la suerte mas horrible, pues estando el pueblo congregado en el circo, dió orden á las tropas para acometerle secretamente y degollar á cuantos encontrasen sin distinguir los inocentes de los culpables, pero fijando un número determinado de víctimas. Siete mil personas perecieron así, entre las cuales fueron comprendidos los mismos pasajeros y forasteros; porque las órdenes eran tan rigurosas que los ejecutores arriesgaban su vida si se dejaban llevar de la compasión. Ofrecióles un padre todos sus bienes por la vida de dos hijos, y le dijeron que eligiese á uno de ellos, porque los dos era imposible quedasen vivos segun el número de personas que tenian orden de matar. El

(1) Theodor. *hist. lib. 5, cap. 18.*

desgraciado padre llorando á mares miraba á sus dos hijos sin poderse determinar á la fatal elección; y en tanto que deliberaba, uno y otro fueron degollados á su vista (1).

Al llegar á Milan, donde estaba Teodosio, la noticia de semejante estrago, causó á San Ambrosio el mas amargo dolor, y á no escuchar mas que su celo, hubiera ido al punto á hablar al emperador; pero su prudencia le movió á no presentarse en el primer movimiento de su sensibilidad, y á dar tiempo para que reflexionase el mismo príncipe; despues de lo cual tomó la determinacion de escribirle (2). Al principio de su carta se autoriza con las palabras del Profeta Ezequiel, que hacen al sacerdote cómplice del pecador si no le amonesta de su pecado. Tomando despues en cuenta la bondad de su carácter y sus virtudes, le dice: «Señor, tenéis celo por la Religion, ¿quién lo pondrá en duda? y el temor del Juez Supremo está fuertemente impreso en lo íntimo de vuestra alma; pero tambien tenéis una sensibilidad natural que se inclina fácilmente á la compasión, cuando se la mitiga y suaviza; mas cuando la irritan, apenas tenéis tiempo para volver al partido de la moderacion y de la dulzura. Porque pluguiese á Dios, que nadie inflamase nunca ese humor, si nadie ha de apagarle. No quisiera mas que veros entregado á vos mismo. Por mas grande que sea el valor que os distingue en los combates, ni por mas encomios que merezcáis en todas las demas acciones, la bondad ha sobresalido siempre entre vuestras cualidades tan admirables; pero el enemigo de todo bien os envidió esta cualidad divina: vencidle mientras que podeis hacerlo aun, y no añadais á vuestra caída la impenitencia y la obstinacion: este género de manchas solo se

(1) Paulin. *in vit. S. Ambr. 12, n. 24.*(2) Ambr. *Epist. 31.*

lava con lágrimas. Ni vuestra grandeza, ni vuestro poder pueden borrar de otro modo el pecado de que os acusa la rectitud de vuestra alma en lo interior de vuestra conciencia.» Al fin de la carta declara el valeroso obispo al emperador, que no se ofrecerá el santo sacrificio si se presenta para asistir á él, y despues añade: «seguid mi advertencia, si conoceis su justicia; y si la magestad del César se cree por ello humillada, no lleveis á mal que yo prefiera la Magestad Divina.» En efecto, Ambrosio negó la entrada de la iglesia al emperador (1). Advertieronle que el príncipe se encaminaba á ella; y verosímilmente Teodosio iba arrepentido á pedir perdón de su culpa. El obispo le aguardó en el vestibulo, y así que le vió, le dijo: «Señor, no comprendéis toda la enormidad de vuestro pecado, pues no teméis presentaros aquí. ¿Tendrais valor para alargar una mano, manchada aun con la sangre inocente, para recibir el cuerpo de Jesucristo? ¿Os ariais teñir con esta sangre adorable una boca que no ha sido purificada despues de haber mandado tantos homicidios?» Respondió Teodosio que tambien el rey David habia cometido el homicidio y el adulterio; y el Santo le contestó: «pues le habeis imitado en su error, imitadle en su penitencia.» El humilde emperador no insistió mas, y se retiró poseido de un amargo dolor, escluyéndose por ocho meses del lugar santo.

Afligiase el emperador hasta verter lágrimas por acercarse las fiestas de Navidad. La casa de Dios, decia (2), está abierta á los mendigos y á los esclavos, mientras que á mí se me niega la entrada.» Rufino, uno de los grandes de su corte, que tenia con él mucha intimidad, se ofre-

ció á pedir su absolucion. El príncipe contestó: «conozco á Ambrosio y yo mismo reconozco la justicia de su censura.» Rufino insistió en que le persuadiria. «Id, pues,» le dijo Teodosio, que concibió alguna confianza en la palabra de Rufino, y le siguió de cerca; mas el mediador, no habiendo adelantado nada con sus instancias, concluyó diciendo, que el emperador iba en persona. El prelado le respondió con voz magestuosa: «os anuncio, Rufino, que le impediré la entrada; y si quisiese usar tínicamente de su poder, vos podreis verme degollar, pero no me vereis ceder.» Rufino pasó pronto aviso á Teodosio, aconsejándole que permaneciese en palacio; pero ya estaba en medio de la plaza, y respondió: «iré y recibiré, si es menester, la afrenta que he merecido.»

No quiso bajar á la iglesia; mas pidió al obispo que saliese á la sala de audiencia, y le suplicó con la humildad del menor de los fieles que le libertase de los lazos del pecado, y no le cerrase la puerta que el Señor se digna abrir á todo penitente sincero. «¿Pero qué penitencia hicisteis, contestó el obispo, despues de un delito tan enorme?» El emperador dijo: «á vos pertenece imponerme la que debo hacer.» El obispo le impuso la penitencia pública; porque aunque Teodosio se abstuvo de la entrada en la iglesia, no habia practicado aun las demas observancias que prescribian los cánones. Impúsole tambien el celoso prelado muchas de aquellas grandes obras que la potestad soberana tiene tantas ocasiones de practicar, á fin de compensar con su importancia la duracion de la satisfacción. Aceptó el príncipe todas las condiciones, y el pastor alzando entonces la excomunion le permitió la entrada de la iglesia. Sin embargo, aun no fué admitido Teodosio en el lugar santo del modo acostumbrado con los otros fieles, sino solo en la clase de

(1) Paulin. *in Vit. n. 24.*(2) Theodor. *hist. lib. 5, cap. 18.*